

CULTURA EN CANARIAS:

ESTADO DE DECEPCIÓN

La situación no deja de ser paradójica. De un lado anotamos que en esta cultura de circuito cerrado que es la nuestra hay suficiente creatividad, aunque apenas reconocida por el entorno social, poco asumida en el interior y escasamente vendida en el exterior. Lo peor es que la gestión de los fondos y de las infraestructuras sigue siendo caótica y dispersa; aquí cada cual va por su lado, y así nos luce el pelo.

En el umbral del siglo XXI hay aquí más gente, más coches, más bungalows pero ¿acaso esta sociedad tiene vivencias culturales adecuadas? ¿Es suficiente y equilibrada la infraestructura? ¿Hay buenos caldos de cultivo para los creadores? Parte del problema puede radicar en que no hemos dejado de ser otra cosa que la España Tropical, la Naturaleza Cálida o el mismísimo Paraíso. Somos un territorio turístico, la piscina de hibernar para un continente próspero. Pero ¿somos algo más que eso? ¿Puede existir una percepción cultural de Canarias en la Península si las instituciones se limitan a organizar cada cuatro o cinco años una exposición de pintores en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, o cosa similar?

Dice el senegalés Amadou Ndoeye, profesor de español en la Universidad de Dákar y amigo de Canarias, que nuestra literatura es tan extraña que casi ni es conocida en su propio territorio. Y sin embargo se trata de una literatura con tradición, producto

de una reflexión peculiar sobre la naturaleza humana: la misma que sintieron Cairasco, el Vizconde del Buen Paso, Viera y Clavijo, Alonso Quesada, Pedro García Cabrera o Pedro Lezcano.

Al menos, en Gran Canaria se intenta poner en marcha una Asociación de Escritores, todavía agazapada por la falta de colaboración y de disposición del sector, y hay también una Asociación de Creadores Visuales. Son tímidos primeros pasos hacia la reivindicación de nuestro rango creador. Pues frente al lloriqueo de la marginalidad y los dos mil kilómetros de distancia, lo que debíamos hacer es movilizarnos. Si además algún día llegan mejores gestores culturales a la Administración, si ayuntamientos, Cabildos y Gobierno Autónomo tienen alguna vez estrategias coherentes y coordinadas, el escritor y el artista se sentirán menos solos.

Los creadores debemos alzar nuestra voz y nuestra exigencia de que no vamos a contemporizar con la inercia, ni con el gesto de cierta frivolidad postmoderna, sino que hemos de elevar el dedo acusador frente al desmantelamiento de cosas que ya teníamos. Por ejemplo, la colección Nuevas Escrituras Canarias para jóvenes autores, por ejemplo las campañas de iniciación y divulgación de la lectura en los centros de enseñanza, por ejemplo la red de bibliotecas, y tantas otras cosas.

Tal vez llegue el día en que los políticos que nos gobiernan (no deja de resultar curioso que se consideren a sí mismos "nacionalistas") lleguen a la conclusión de que el Instituto del Libro es una necesidad para superar el minifundio de las ediciones institucionales, su falta de pegada en la distribución. Pues sería bonito que se recobrara la difusión del producto literario partiendo desde los centros de enseñanza. También sería hermoso que los libros de autores de aquí estén expuestos en los escaparates de los grandes almacenes en igualdad de condiciones con los productos de la gran industria cultural, y puedan llegar incluso a La Gomera y a Bada-joz.

Existe un borbotón de creación desde hace décadas: en la plástica, en la novela, en la poesía, en el cine, en la música o en la danza. Claro que la fragmentación espacial dificulta sobremanera el crecimiento del hecho cultural, lo cual resulta especialmente visible en cuanto a la consolidación del sector del teatro, y la falta de normalización hace que la mayoría de las mani-

festaciones tengan una difícil recepción, conformando como decíamos antes una cultura de autoconsumo o de circuito cerrado que al girar sobre sí misma aparenta ombliguismo. Un narcisismo forzado por las carencias de distribución.

Somos también una de las regiones o nacionalidades donde existe un potente fondo bibliográfico con la historiografía, el estudio de la fauna y la flora, los restos arqueológicos, el patrimonio religioso, etc. Pero la mejoría económica, el avance en autopistas y hospitales que impulsa el Gobierno regional no tiene su correlación en el apoyo a los fenómenos culturales de base, sino más bien en la exaltación de programas de escaparate como el Festival de Música, que se traga de un santiamén el 80 por ciento de los presupuestos. Como otro botón de muestra podemos añadir que en el Cabildo de Gran Canaria hay ayudas de viaje para los que deseen asistir a la feria de arte Arco, pero no existen becas ni ayudas de viaje para escritores canarios que hayan sido invitados a asistir a encuentros en Irlanda, en Cuba o en la Conchinchina. Sin embargo, este mismo Cabildo organiza todos los años un Festival de Vídeo que también se traga unas buenas pesetas. Y así hasta el infinito.

Hace unos cuantos siglos echó raíces en estas islas un hombre expulsado del Edén y arrojado a la intemperie de siete peñones donde padeció extrañamiento, hambre, soledad, invasiones, epidemias y volcanes, todo lo cual fue conformando una psicología y una presencia en el mundo algo peculiar. La pervivencia a través de los años de un sentimiento cosmopolita y liberal que nos aportó el Atlántico, la aceptación de la fusión tras el mestizaje y la valoración del eclecticismo, junto con el oído atento a las vanguardias universales, son notas esenciales de la cuestión. Pues –si somos un pueblo de aluvión y nuestra cultura es la suma de impulsos europeos, africanos y americanos– está claro que hay que conjugar estos tres ingredientes.

Pero, sobre todo, sigue urgiendo la normalización cultural, asignatura pendiente desde hace mucho. Mejor gestión política, más apoyo, menos desarraigo. Crear desde aquí, y hacerlo llegar al mundo.